

## O P I N I O N

\* Por José Miguel Varas

**Alcalde, un poeta maldito**

Alfonso Alcalde descansa (es un decir) en una de las últimas tumbas del cementerio de Tomé, al borde del acantilado. "En el invierno las olas invaden los acantilados,/ hacen temblar las piedras con sus lenguas y golpes y tanto cavan,/ tanto se estrellan que corroen por fin la raíz de los muertos y los ataúdes se precipitan guardabajo con un chasquido de espumas, huesos,/ cruces y aguas mezcladas". (Del cuento Matar a Pérez).

Hacia fines de los años '40 llegaban a Santiago los poetas-periodistas del Sure. Llegaban aventados por la cesantía y la represión de González Videla, con zapatos rotos, flecos en las mangas, sueños y proyectos prodigiosos y una manera desesperada de beber que los miopes santiaguinos atribuíamos al clima y al paisaje de Concepción, sin entender que aquella sed tenía un origen metafísico.

Cuando Alfonso Alcalde (que no era penquista de nación pero llegó a serlo), apareció una tarde por la librería Nascimento, donde oficiaba como maître el escritor Joaquín Gutiérrez, tenía unos 30 años y doce biografías. Había vivido más que todos, de minero en Oruro, de linyera por los caminos y la red ferroviaria argentina, de libretista de radio en Tucumán y en Talcahuano, de cronista estrella en el diario Clarín de Buenos Aires y en la revista Ercilla de Santiago, de funcionario de prensa del gobierno boliviano en La Paz, de ahumador de pescado en las cercanías de Tomé, de control en la radio Almirante Latorre (Almirante Los Tarros) de Concepción y etc., etc., etc. Bajo el brazo traía un mamotreto enmarañado de manuscritos inéditos, que aumentaba sin cesar, y una carga inverosímil de experiencias atroces y magníficas que relataba en medio de violentas carcajadas: más negras las calamidades, más violentas las carcajadas.

No le faltaron trabajos como periodista, era un trabajador portentoso y brillante. Tuvo éxitos espectaculares, como el de su reportaje Vivir o Morir, sobre los uruguayos que sobrevivieron en la Cordillera devorando los restos de sus semejantes: tres ediciones agotadas de 40 mil ejemplares cada una. Lo que ganaba, como él mismo lo dice, le servía "para comprar tiempo, tiempo para escribir". Como escritor ganó premios y obtuvo los reconocimientos más prestigiosos: lo elogiaron Carlos Droguett, Ignacio Valente, Pablo de Rokha, Alone, José Donoso.

Pero vivió siempre de manera inestable y precaria, acumulando páginas para su obra inconmensurable. En su poesía y en sus cuentos trató de la muerte en todos los tonos imaginables, sobre todo en el del humor. En El Flash de los Ahorcados anticipó exactamente una manera de morir.

Un día de 1992, cansado, sintió que se quedaba ciego y, tal vez, que su cabeza ya no era la de antes. Se colgó en la pieza mísera que arrendaba, en Tomé. Su cuerpo fue sepultado en el cementerio local. Es posible que uno de estos inviernos su ataúd resbale al mar y se vaya navegando 16 millas, hasta la isla Quiriquina.

\* José Miguel Varas es periodista y cuentista, autor de Exclusivo, El Correo de Bagdad y Nerudario, entre otros.